



# Carta a mi

(El mal c

La Paz, 6 de julio de 1996

Señor  
Cirilo Severich  
El Más Allá

Olvidado, recordado y vilipendiado tío:

Te escribo con una urgencia y necesidad muy grande, de modo que, a pesar de que esta carta no será breve, voy directamente a grano.

Hace dieciséis años (tú ya habías muerto cinco o más años atrás), publiqué en el periódico Presencia, de La Paz, un cuento llamado "El mal de ojos", del cual tú eras uno de los personajes principales. Dicho cuento causó un gran revuelo especialmente en la ciudad de Santa Cruz: Quema pública del periódico en una manifestación callejera, destrucción de las oficinas del mismo, chillidos por la radio y la prensa escrita, persecución y juicio legal al autor... Argüían que mi cuento, además de no ser cuento, era simplemente una "ofensa al honor de la mujer cruceña".

Entonces el país estaba gobernado por el dictador Luis García Meza y su ministro de gobierno Luis Arce Gómez, quienes utilizaron una frase de mi cuento para hacer una más de sus tropelías: entrar violentamente a las oficinas de Presencia en La Paz y clausurarlo por una semana. Esto y los hechos ocurridos en Santa Cruz me causaron, más que rabia o dolor, desconcierto e impotencia... Mi única defensa fue la huida y el silencio.

Pasó el tiempo, ayudado de ciertos textos que ahora transcribiré, pude soportar el absurdo. En un periódico leí estas palabras de Homero, un griego de antes de Cristo que recogió la sabiduría de su pueblo: "Los dioses tejen desventuras para los hombres, para que las generaciones venideras tengan algo que cantar". Estas palabras fueron recordadas en nuestro siglo por un tal Jorge Luis Borges en Buenos Aires:

Un escritor o todo hombre, debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin y esto tiene que ser más fuerte en el caso de un artista. Todo lo que pasa, incluso las humillaciones, los bochornos, las desventuras, todo eso le ha sido dado

como arcilla, como material para su arte; tiene que aprovecharlo.

Como ves, yo andaba buscando un sentido al absurdo. Pero esto sólo te lo digo a ti, que estás en el Más Allá y me comprendes. Pero sigamos. Más terribles, aunque no correspondieran exactamente a mi caso, eran las palabras de un rebelde norteamericano, Henry Miller:

Si de vez en cuando encontramos páginas que explotan, páginas que hieren y estigmatizan, que arrancan gemidos y lágrimas y maldiciones, sabed que proceden de un hombre arrinconado, de un hombre al que las únicas defensas que le quedan son sus palabras y sus palabras son siempre más resistentes que el peso yacente y aplastante del mundo, más resistentes que todos los potros y ruedas de tormento que los cobardes inventan para machacar el milagro de la personalidad.

Así, querido tío, fui adquiriendo mayor conciencia del valor de las palabras, y afirmé una vez más mi decisión de ser escritor. Y no sé dónde encontré estas palabras de Jaime Sáenz, un viejo, serio y chistoso poeta de La Paz:

Hay que tener una fuerza casi sobrehumana para contrarrestar los efectos de una bien organizada y encubierta conspiración. Claro que es el humor uno de los principales componentes de esta fuerza casi sobrehumana. El humor es el conocimiento en el más alto sentido. El que escribe lo que le da la gana, el que no teme a nada ni a nadie, el que no transige, el que escupe sobre las convenciones, sobre los grupos, los cenáculos y peñas está perdido. No tiene perdón. Y como a uno le interesa un camino que lo perdonen o que dejen de perdonarlo, y como ni siquiera los mira de reojo, la cosa se vuelve de lo más chistosa. Pero a mi me da mucha pena que la gente sea así. ¿Será tan difícil ser como lo que se es? ¿Por qué simular? ¿Qué cuesta escribir lo que uno cree y lo que uno siente?.

Ahora sé que todo tiene su tiempo. Al año y medio de vivir en Suecia - porque allá fui a parar - volví al país. Mientras tanto muchos sueños se habían venido abajo, se inició un llamado "proceso democrático", seguí escribiendo como la única manera de sentirme libre y de encontrarle sentido a la vida... No pongas esa cara, tío. ¿Cómo? Ahora puedo ver tu cara y tu sonrisa, que me dice:

- ¿De dónde sacaste, sobrino, tanta historia y tantas citas? Si todo lo que ocurrió, como dice ese tu poeta, me vale un perejil. Además, estoy enterado. Vos y tu cuento fueron un simple pretexto, porque lo que García Meza y ese otro querían era cerrar el periódico Presencia para lograr no sé qué fines.

Si, tío. Por eso el sentimiento de absurdo que me dominaba. Pero resulta que hace unos días, cuando fui invitado a dar una conferencia en Santa Cruz, cuando Arce Gómez está preso desde hace años en una cárcel de Estados Unidos por delitos de narcotráfico, y García Meza preso en Chonchocoro después de un largo juicio de responsabilidades, el Comité Pro- Santa Cruz y otros sectores de poder de la ciudad me impidieron realizar dicho acto. Lo que ocurrió hacia dieciséis años, intentaba volver con las mismas razones y casi con los mismos personajes.

- Ajá. Esa noticia todavía no me ha llegado.

Había surazo cuando llegué a Santa Cruz. Iba invitado por el Instituto Cultural Boliviano Alemán y debía realizar una lectura en la Casa de la Cultura sobre mis experiencias de actividades literarias en Alemania y Suiza, y para leer textos de mi novela inédita. Este acto se venía anunciando públicamente desde hacía dos semanas. En la tarde del día fijado, quienes ya te dije hicieron saber a los organizadores que no permitirían que se realizara mi conferencia.

Llegué a las seis y media a la Casa de la Cultura y me dieron la noticia. Me quedé en la planta baja, rodeado de amigos escritores y de las autoridades de la Casa. El público llegaba, el surazo seguía. Alrededor de las siete, jóvenes con banderas de Santa Cruz tomaron el salón de

